

ANDREA BERNAL, *TODO LO CONTRARIO A LA BELLEZA*, SEVILLA, SILTOLÁ POESÍA,  
2019, 72 pp.

PAULA FERNÁNDEZ VILLALOBOS  
Universidad de Granada

En las *Cartas sobre la educación estética del hombre* del humanista Schiller, el poeta, filósofo, dramaturgo e historiador alemán reflexiona sobre la necesidad de una educación estética por parte de una sociedad exclusivamente interesada en lo material y físico. Quizás es este mismo ejercicio el que nos propone Andrea Bernal en su reciente poemario *Todo lo contrario a la belleza*. Como buena filósofa y estudiosa de Schiller —actualmente Bernal se encuentra realizando una tesis doctoral denominada *Poiesis en Schiller: El mal y la ingenuidad*— la poeta nos invita a indagar y a cuestionarnos qué es realmente algo tan tradicionalmente asumido como la belleza y dónde podemos encontrarla. *Todo lo contrario a la belleza* representa muchas cosas, pero constituye, ante todo, un ejercicio de indagación. Supone desnudarse ante el lector e interrogar la cotidianidad. Es un ajuste de cuentas con la realidad. Pura emoción. Puro sentimiento. Una subversión de la subjetividad que refleja una etapa existencial de un yo en pleno

crecimiento, donde lo bello aparece en los rincones más inusuales de la vida.

El poemario nos enseña que las personas se sienten valoradas por su memoria. Los recuerdos y el extrañamiento ante la fugacidad y el paso del tiempo desencadenan una angustia vital que se traduce en muchos de estos versos: «Cómo presagiar un futuro mientras todo está callado, / estático» (p. 37); «el tiempo es un espacio muy siniestro / para sí misma» (p. 45). El sujeto lírico recuerda su infancia con añoranza: «Algunos de los árboles que vi, / con sus raíces retorcidas y primarias, / morirán también, / como la niña, cuando florezcan» (p. 59), desea librarse de los límites que encuentra en su materialidad. Sin embargo, la imposibilidad de lo eterno atenta contra su identidad, contra la belleza: «sin la constancia trágica del tiempo: / Una brevedad de dolorosa belleza» (p. 49). El sujeto que deseaba librarse de las cadenas del tiempo, acaba sometiéndose a ellas:

«Y al final solo una espera: / No añadadas más tiempo a nuestro tiempo infinito» (p. 68).

Una de las ideas clave de la obra se materializa en la búsqueda de la eternidad de los buenos momentos. Retomando a Schiller, el juego es el impulso en el que se unen el disfrute de la razón y el de los sentidos. Sucede cuando, por ejemplo, amamos a alguien física e intelectualmente, cuando encontramos a un igual que conecta con nuestra alma: «Solo una certeza acerca del amor [...] que tus huesos están dentro de mis huesos [...] y en la noche susurramos: / El alma no es una invención» (p. 29). Tanto para Schiller como para la voz poética, la belleza es una armonía entre ambos aspectos, el impulso del juego, el medio que aúna sentimiento-pensamiento, llevándolos a su mayor intensidad: «hay una unidad que nos explica / que la belleza / se sitúa en el centro, / sin forma, / ni sustancia [...] Es deshacer un grano de polen/ que atraviesa / la longitud humana» (p. 61). Esto es lo que permite al sujeto experimentar ambos conceptos al mismo tiempo, sin medidas ni medias tintas: «A pesar de las ramas desgastadas / sabemos jugar / -como soldados- / a deshacer las manecillas del reloj» (p. 23), sin ningún tipo de preocupación externa y/o temporal.

No obstante, el libro también refleja ese miedo que se produce ante la felicidad de tenerlo todo y el riesgo de perderlo. Bernal nos propone que «El miedo que te conmueve, / es la belleza» (p. 44). Todo final es fatal si no se sabe lo que vendrá.

Pero para el sujeto, el final siempre va detrás del principio. Es una luz cargada de posibilidades que ha aprendido que debe dejar pasar. Pues si el mundo y el tiempo se paran, ya nada puede tener lugar. Entonces por inercia, tanto su pasado, presente y futuro, no tendrían lugar. Es por eso que lucha contra sus sombras: «La belleza oscura que nadie nombra, / la misma manta que nos cubre / con sus nubes» (p. 56) y sus dudas: «esta palabra, / Ésta: / Ausencia / vergonzosa que se enraíza apresurada en mí» (p. 40), aunque a veces sea doloroso: «Una brevedad de dolorosa belleza» (p. 49).

En suma, cuando experimentamos a la vez los sentidos y la razón es cuando logramos ser libres sin ataduras temporales que nos asfixien. Es este un estado estético novedoso que nos hace sentir inmortales y fuertes. El sujeto lírico —por momentos atrapado en un *loop* personal en crisis— consigue reflexionar sobre *todo lo contrario a la belleza* percatándose que, en realidad, esa imperfección de la condición humana es el mayor de los placeres estéticos. Es gracias a esta transitoriedad, fugacidad y dubitación —asevera Schiller— que somos capaces de crear cosas maravillosas. No tememos dolernos, dudarnos o crecer. Somos imperfectamente bellos por eso y lo aceptamos. Así damos utilidad a esa concepción tan vaga y superflua atribuida de antaño a la belleza. Por lo tanto, la obra de Bernal se presenta como fundamental y necesaria en las estanterías poéticas de nuestros días, siendo precisamente su imprescindibilidad, toda la belleza de este poemario.